

CRÍTICA Y DISCULPA DE LA COBARDÍA

Domingo 12º del Tiempo Ordinario

21 de junio de 2009

“El heroísmo no se puede exigir, pero la cobardía no se debe disculpar”. Así escribía el crítico de teatro Valentín Moragas. Esa indecisión para afrontar los riesgos, tan parecida a la pereza hace que no sucedan muchas cosas buenas que dependen de nosotros.

En el ámbito militar, la cobardía se ha visto siempre como una traición al propio deber. También en la vida ordinaria, nos resistimos a disculpar al cobarde. Nos parece como bendecir la irresponsabilidad y dar por buena la omisión del bien que se espera de la persona.

Somos muy agudos para descubrir y denunciar la cobardía de los demás. Pero justificamos fácilmente la nuestra, cubriéndola con el manto solemne de la prudencia. Nunca acertamos a saber cuándo y por qué nosotros mismos nos manifestamos como unos cobardes.

Esa misericordia que usamos con nosotros mismos, deberíamos aplicarla alguna vez a los demás. “Bajo su caparazón de cobardía, el hombre aspira a la bondad y quiere ser amado. Si toma el camino del vicio, es que ha creído tomar un atajo que lo conduciría al amor”. Así escribía John Steinbeck, en su obra “Al este del Edén”.

LAS NOCHES DE TORMENTA

En el evangelio que hoy se proclama (Mc 4, 35-40) Jesús interpela duramente a sus discípulos: “¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?” No se puede ignorar esa vinculación de la cobardía con la carencia de fe. Evidentemente la fe genera la valentía para anunciar el Evangelio con la palabra y con el testimonio de la vida.

El contexto de estas palabras de Jesús nos recuerda las dificultades de sus discípulos. Estaban cruzando el lago de Galilea cuando se levantó una tormenta. Los discípulos apenas lograban enfrentarse al huracán y a las olas que rompían contra la barca. Y Jesús dormía.

Los antiguos Padres solían aplicar este pasaje a las dificultades por las que atraviesa la Iglesia, en todo tiempo y en cualquier lugar. Por una parte, no faltan las tormentas. Y por la otra, parecen faltar con frecuencia las fuerzas para seguir navegando en el mar de la historia.

En esa situación, los discípulos de Jesús sufrimos con frecuencia la tentación de creernos abandonados por el Señor. “Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?” Esa pregunta de los discípulos refleja nuestras angustias y nuestra falta de memoria.

Jesús fue anunciado como “el Dios con nosotros”. Y nos prometió que estaría siempre con nosotros. También en los momentos difíciles y en las noches de tormenta. Nuestra cobardía nace del olvido. No somos conscientes de la presencia del Señor en nuestra barca.

LA PREGUNTA Y LA RESPUESTA

El relato evangélico dice que Jesús impuso silencio a la borrasca y aplacó al lago. Pero también recoge el asombro de los discípulos, que se decían espantados: “Pero ¿quién es éste? Hasta el viento y las aguas le obedecen”. También esas palabras merecen nuestra atención.

• “Pero ¿quién es éste?” Los filósofos griegos decían que la admiración es el principio de la sabiduría. No se asombra uno de lo ordinario. El cristiano es alguien que se pregunta cada día quién es Jesús. El asombro ante los gestos de Jesucristo es el inicio de la fe.

• “Hasta el viento y las aguas le obedecen”. Hay preguntas que llevan implícita la respuesta. Para la mentalidad hebrea el mal era visto con frecuencia como la imagen del mal. Así que Jesús es precisamente aquel a quien el mal se somete. Es el Señor del mundo y de la historia.

- Señor Jesús, tampoco a nosotros nos faltan momentos de oscuridad. Nos parece que hemos perdido el rumbo y que no contamos ya con tu protección. Sin embargo, sabemos que has asumido nuestra suerte y navegas con nosotros. Perdona nuestra cobardía y aumentanos la fe. Amén.

José-Román Flecha Andrés